

Queridos hijos e hijas de Dios,

Este Domingo segundo después de Navidad se le podría llamar el domingo de la doble identidad.

Por un lado, las lecturas quieren continuar profundizando en la identidad de Jesús. La primera lectura nos habla de la sabiduría, que es una figura que remite perfectamente en todo lo que se dice de ella a la persona de Jesucristo. Y en el evangelio tenemos el prólogo de San Juan, el texto que mejor nos dibuja la identidad de Jesús en todo el Antiguo Testamento.

Con esto parece que la liturgia después de tantas celebraciones en pocos días quisiera centrarnos en aquello que es esencial: la identidad de Jesús. Parece que la liturgia nos quiera parar y nos grite: ¡os habéis dado cuenta de lo que habéis celebrado!

¡¡Hemos celebrado que Dios entra en la historia de la Humanidad, para poder entrar en nuestra historia personal!! ¡¡Qué fuerte!! ¿No? Y Dios quiere convertirse en una nueva presencia para nuestras vidas. Y esta presencia en nuestras vidas todo lo cambia. Porque Dios nos ofrece una relación de amistad y de amor... y el amor lo hace todo nuevo. ¡¡Qué fuerte!!

San Juan nos dice en el prólogo que Jesús es: La Palabra, la Luz verdadera, la Vida, Dios Hijo único. Cada una de estas palabras nos puede servir para rezar... ¡¡Orémoslas!!

Él es Luz y Vida. Que no sea sólo palabras, sino palabras que las hemos hecho vida. ¡Que podamos decir que para nosotros Cristo es luz y es vida!

San Pablo desea para los cristianos de Éfeso que "*os dé espíritu de sabiduría y revelación para conocer quien es El*". ¡¡Conocer no intelectual, sino experiencial!

Por tanto, por un lado, las lecturas quieren continuar profundizando en la identidad de Jesús. Y por otro lado, la identidad de Jesús nos ilumina nuestra identidad. Por esto hablaba del domingo de la doble identidad. Y es San Pablo en la segunda lectura quien nos ilumina nuestra identidad a partir de la de Jesús.

El hombre desde siempre se ha preguntado: ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Dónde voy? ¿Qué sentido tiene mi vida? Son preguntas que surgen de la necesidad de sentido que hay en el corazón del hombre. El hombre busca el sentido de lo que le pasa,

de su vida. Este deseo de sentido, esta sed de sentido, la ha puesto Dios en nosotros.

¡Y hoy, San Pablo da respuesta a estas preguntas!: *"Nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales. Él nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor"*. Resumen perfecto del cristianismo.

- *"Nos ha bendecido en la persona de Cristo"*. Dios bendice, Dios Padre nos bendice en Cristo. No sólo nos da un poco de paz, o de buenos sentimientos, nos bendice con su Hijo. Cristo es la mayor bendición, el mayor regalo, el don más grande, que Dios Padre nos pueda hacer.

Dios Padre nos ofrece su Hijo, de nosotros dependerá acoger este regalo, este don... ¿Acogemos a Jesús en nuestra vida? ¿tiene un lugar, un espacio, un tiempo?

No hay nada más grande que Cristo. Cuando recéis por vuestros hijos y nietos y sobrinos, pedid: "¡Que conozcan quién eres tú!" Porque Cristo es la gran bendición de Dios para la Humanidad, y para cada uno de nosotros.

- *"Él nos eligió en la persona de Cristo"*. Dios Padre nos ha pensado a cada uno de nosotros para estar unidos a Jesucristo. Ésta es nuestra identidad. Nuestra existencia tiene sentido en tanto en cuanto estemos unidos a Jesucristo. *"Él nos eligió en la persona de Cristo"*.
- *"..., antes de crear el mundo"*. Estamos en el pensamiento de Dios antes de crear el mundo. ¡Qué misterio! Dios desde siempre ha pensado en nosotros y desde siempre nos ha amado. Somos porque nos ama.

Decía el Papa San Juan Pablo II: "Por Él y ante Él, el hombre es único e irrepetible; alguien eternamente ideado, eternamente elegido, eternamente amado; alguien llamado por su propio nombre".

- Y la frase de SP continúa para darnos más luz sobre nuestra identidad, sobre el sentido de nuestras vidas: *"Él nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo, para que fuésemos santos..."*. La finalidad de nuestra vida: ser santos. Sólo hay un fracaso: no ser santos. Sólo hay una tristeza: no ser santos. Si nos ha escogido para ser santos,

quiere decir que nos dará las gracias para serlo.
Nos hace falta pedir las y esperarlas con anhelo.
¿Cómo va nuestra santidad? ¿Avanzamos? ¿El deseo
de Dios es que muramos plenamente santificados?
¿Cómo vamos...? ¡Orémoslo!

Acabo ya, en silencio, le decimos que queremos conocer
de verdad quién es él y quiénes somos nosotros.